

Instituto de Investigaciones Gino Germani
VII Jornadas de Jóvenes Investigadores
6, 7 y 8 de noviembre de 2013

Ezequiel Patricio Murmis(UBA-CEICS)

e.murmis@hotmail.com

Roberto Muñoz (UBA-CEICS)

munozroberto8288@yahoo.com

Nicolás Viñas (UBA-CEICS)

vinias_riojanas@hotmail.com

Eje: Política, ideología y discurso

“La Izquierda y el peronismo: teoría y política.”

Resumen

El peronismo como fenómeno político, económico y social ha sido objeto de interpretaciones diversas. En su seno se han manifestado distintas corrientes que, a pesar de su aparente repelencia, reivindican al peronismo como la opción más viable para el capitalismo argentino. De este modo encontramos que lo integran tanto fuerzas liberales, conservadoras, estatistas, reformistas, como izquierdistas. En este trabajo pretendemos dar cuenta de los presupuestos teóricos sobre los que se construye la tradición de izquierda peronista. Existe en ella una correspondencia entre las consideraciones políticas y económicas del desarrollo histórico del capitalismo en la Argentina y su opción por el peronismo. Se destacan así la definición de la Argentina como un país semicolonial, dependiente, y la necesidad de una burguesía nacional y un Ejército conscientes de los intereses del pueblo para lograr la independencia respecto de las fuerzas imperialistas. Con tal fin, analizaremos y pondremos en discusión las obras de autores paradigmáticos como Jorge Abelardo Ramos, Mílcíades Peña, Silvio Frondizi, Rodolfo Ghioldi y Rodolfo Puiggrós.

Introducción

El peronismo ha sido y sigue siendo un fenómeno político, económico y social de una importancia insoslayable en la historia reciente de la Argentina. Su constante invocación y actualización nos convoca a interpretar y reinterpretar las características y el rol del peronismo en su aparición hacia mediados del siglo XX. Entendemos que el peronismo debe ser pensado a la luz de las características reales del capitalismo en nuestro país, de los ciclos económicos en los que se inscribe y las correlaciones de fuerza que modelan el panorama. En el marco de esta extensa investigación, un primer paso consiste en relevar y analizar las distintas formas en las que se ha interpretado el peronismo. Esta problemática es objeto de grandes debates, tanto en el plano de las organizaciones políticas como en la academia. En este trabajo nos proponemos analizar y comparar las posiciones de los autores de izquierda frente al peronismo. Destacamos para esta investigación la obra de Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Rodolfo Ghioldi, Silvio Frondizi y Milcíades Peña.

Estos pensadores tienen en común el hecho de establecer un análisis general acerca de la historia argentina, sus características objetivas y materiales, y es a partir de ese estudio que emprenden su interpretación de variados fenómenos que recorren la historia del país. El peronismo se destaca como un hecho de crucial importancia en su obra y en su programa político. Veremos a continuación que en sus estudios figuran las nociones fundamentales de “bonapartismo” y la caracterización del país como “semicolonial” o “dependiente”. Estos conceptos utilizados demuestran el pretendido marxismo que esgrimen los autores mencionados. Se nutren de un aparato conceptual propio de esa corriente, pero sostenemos como hipótesis que los errores de interpretación de las estructuras reales de la sociedad argentina conducen a los escritores de izquierda a caer en errores de diagnóstico y análisis político. Es así como nos encontramos con marxistas apoyando conscientemente a la burguesía y al Ejército o siendo consecuentes con las fuerzas imperialistas.

Estructura

La caracterización de Argentina como país semicolonial o dependiente aparece en la obra de los distintos autores que destacamos, aunque con diferentes acepciones. Los análisis refieren a los aspectos económicos objetivos y al rol de las distintas fracciones de clase en el

proceso de conformación del Estado, cuestión que sentará las bases para la comprensión del peronismo.

Jorge Abelardo Ramos (1990) entiende que el continente latinoamericano en su conjunto es dependiente y subdesarrollado debido a la fragmentación política que acontece en el siglo XIX. Los determinantes de esta situación los encuentra en la herencia de una España atrasada y en la acción de oligarquías locales traidoras. Éstas, aliadas al imperialismo (especialmente el inglés), derrotan el ala jacobina de las revoluciones de independencia (encarnadas por Moreno, Artigas, San Martín, Bolívar) e inician la contrarrevolución que configura el semi-colonialismo del continente. Resulta que, desde la óptica de Ramos, la burguesía porteña utilizó los recursos rentísticos obtenidos por su posición privilegiada en el puerto en beneficio propio, en lugar de emplearlos para el proyecto de unidad latinoamericana. Esta maniobra que impulsa la fragmentación del continente en numerosos estados tiene su correlato en la alianza establecida entre la burguesía comercial, probritánica y librecambista, y una burguesía ganadera. De este modo, se promueve un capitalismo agrario y mercantil, en el que la nota distintiva es la ausencia de una burguesía industrial revolucionaria.

El planteo de Puiggrós (1974) es asimilable al de Ramos. También sostiene que en la Argentina no hubo una revolución democrático-burguesa: el fracaso del proyecto revolucionario encarnado por Moreno y el dominio del capital comercial y usurario condenaron al país al semicolonialismo y a la dependencia del imperialismo. Nuevamente, la burguesía no hizo lo que tenía que hacer. Puiggrós considera que el fracaso de la revolución se debe a que, en ese momento, el modo de producción dominante seguía siendo feudal y no capitalista: la transición al capitalismo no estaba completamente efectuada. El subdesarrollo argentino se debe al desarrollo desigual entre países imperialistas y países periféricos (entre los que se encuentra la Argentina). Las burguesías imperialistas ejercen su rol en vistas a subordinar a las débiles burguesías a los centros mundiales del poder económico-financiero. El problema no alude al conflicto entre burguesía y proletariado o entre democracia y fascismo, sino que estaba centrado en la cuestión nacional y la liberación.

Ambos centraron su debate contra el Partido Comunista en lo que respecta a la interpretación del peronismo. Ahora bien, Rodolfo Ghioldi, dirigente del PC en los albores del peronismo, también explica el atraso argentino a partir de la derrota de los jacobinos en manos de la oligarquía. Bajo su dominio, el país no pudo conocer la democracia, beneficios

sociales, ni una revolución agraria. La oligarquía instauró así la tiranía y el autoritarismo durante décadas. En este periodo, la ley Sáenz Peña y los gobiernos radicales significaron conquistas arrancadas a la oligarquía; fueron “*un oasis democrático [...] en el desierto oligárquico y reaccionario*” (1946; 21). La particularidad de Ghioldi la encontramos en que corre el eje de la discusión, influenciado por el calor de las elecciones del '46, y lo ubica en la contraposición entre democracia y dictadura. Mientras Ghioldi y el PC entienden al peronismo como una avanzada nazi-fascista, Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos consideran que el peronismo encarna un proceso de restauración democrática de carácter emancipador.

Tanto Ramos como Ghioldi se explican el carácter semicolonial no por características económicas sino por la acción voluntarista de determinadas fracciones de clase que rompen el mandato de la historia. No encuentran leyes sociales que dicten el movimiento de la sociedad, sino que esas leyes sociales pueden ser burladas, haciendo caso al interés personal. Puiggrós introduce un aspecto estructural que determina el fracaso del intento revolucionario hacia 1810. Veremos que Silvio Frondizi y Milcíades Peña presentan nuevos aspectos para pensar la semicolonialidad del país, más allá de la voluntad de los distintos actores.

La caracterización del país como semicolonial también aparece en la obra de Silvio Frondizi (1955). La explicación que nos da hace referencia a una cuestión temporal y a una cuestión de fuerzas, en donde la acción del imperialismo es determinante. Básicamente, en la historia del capitalismo ha habido países en los que sus burguesías lograron desarrollarse en tiempo y forma. Realizan las reformas del sistema feudal, modifica la propiedad de la tierra, realiza su revolución industrial, desarrolla las concepciones democrático-liberales, etc. Al hacer esto en el tiempo histórico correspondiente, llevaron a cabo triunfalmente su revolución democrático-burguesa. Pero alrededor de estos países desarrollados se encuentra una periferia que comienza a atravesar estos procesos pero desfasada en el tiempo. Así, su evolución se encuentra truncada por la aparición de fuerzas imperialistas que basaron su poderío en la dominación del conjunto de países coloniales o semicoloniales. Argentina es uno de estos países semicoloniales y sus rasgos salientes se expresan en la estructura política independiente y la dominación del capital imperialista junto a sectores nativos terratenientes que explotan la riqueza y el trabajo nacional.

Milcíades Peña (1974) centra su análisis haciendo referencia a aspectos hasta ahora no mencionados. Su caracterización del país como semicolonial y atrasado se sostiene sobre la

base de la ausencia de una revolución industrial en nuestro país. Eso ha determinado que la Argentina tenga una baja productividad del trabajo. Esta limitación fundamental hace que el país se convierta en deudor, en dependiente de las metrópolis, en proveedor de materias primas y alimentos. Milcíades analiza el capitalismo argentino a la luz de la Teoría de desarrollo desigual y combinado de Trotsky. En ella se sostiene que, en contraposición al desarrollo clásico del capitalismo, existe el desarrollo combinado, que sería el propio de los países atrasados. En ellos no hubo un pasaje de la cooperación a la manufactura y a la gran industria. La aparición de la industria se impone desde afuera, es decir que no obedece a un desarrollo local (1974; 71). Esto hace que en la Argentina se combinen atraso y desarrollo, en donde el latifundio reproduce relaciones que no son plenamente capitalistas, a la vez que se instalan grandes firmas extranjeras en ciertos centros metropolitanos. A estas características se añade el pequeño mercado interno que posee el país, estableciendo en conjunto un límite al desarrollo económico. La particular concepción de Milcíades Peña sobre la industria y los industriales argentinos será central para su visión del peronismo.

En términos generales, vemos que todos los autores mencionados consideran que Argentina es un país semicolonial. El hecho saliente que se destaca es la ausencia de una revolución democrático-burguesa. Este aspecto será determinante en sus variadas interpretaciones del peronismo, ya que a la luz de lo expuesto irán construyendo los armados y relaciones políticas entre las distintas clases y fracciones de clases.

Clases y Bonapartismo en cuestión

La noción marxista de “bonapartismo” es utilizada por los autores mencionados para analizar el peronismo, con la excepción de Rodolfo Ghioldi y de Rodolfo Puiggrós. El primero prefiere asimilar peronismo y fascismo y el segundo desestima el concepto por no referirse a la historia nacional. En los términos generales en los que suele presentarse en ciencias sociales, el bonapartismo alude a un régimen político que se independiza de las clases, aun cuando la burguesía siga siendo la clase dominante. La característica fundamental es que ésta no tiene el control de Estado en manos de su personal. El control del Estado se encuentra en manos de sectores ligados al Ejército y la Policía y se sostiene con el apoyo de las masas obreras. Es propio del bonapartismo el hecho de ser un gobierno que es necesario para evitar “explosiones” en un contexto de alza en la organización y la lucha de la clase obrera. De este modo, el gobierno bonapartista se asienta sobre ambas clases sociales y otorga

ciertos beneficios para frenar el avance de las masas. Este concepto ha sido creado por Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (2004) y ha continuado su desarrollo en la obra de Engels, Trotsky, Stalin, etc. Los intelectuales argentinos se han hecho eco de este concepto y analizaron la situación a la luz de este concepto y de las características estructurales de la Argentina, cada uno según su concepción.

En el caso de Jorge Abelardo Ramos, vemos que toma la noción de bonapartismo que Trotsky aplica a los países semicoloniales, según la cual los gobiernos nacionales que se pretendan resistir el capitalismo extranjero, están obligados a apoyarse en el proletariado. Tomando este aspecto, Ramos definió al régimen de Perón como bonapartismo con las siguientes características: *“el bonapartismo - dice- es el poder personal que se ejerce «por encima» de las clases en pugna; hace el papel de árbitro entre ellas. Pero en un país semicolonial como la Argentina, la lucha fundamental no se plantea solamente entre las clases sociales del país sino que asume un doble carácter: el imperialismo extranjero interviene decisivamente en la política interior y tiene a su servicio a partidos políticos nativos y a clases interesadas en la colonización nacional. De esta manera, el bonapartismo (Perón) se elevó por encima de la sociedad y gobernó con ayuda de la policía, el Ejército y la burocracia.”* (1990; 137). El bonapartismo semicolonial implica entonces un gobierno que se independiza de las clases, pero que encuentra su principal asiento en las clases que se oponen al imperialismo. La particularidad de este esquema es que existe, según la visión de Ramos, una intermediación entre el imperialismo y ciertas fuerzas nacionales. Se trata de un bonapartismo que viene a defender a la burguesía nativa por su debilidad, que busca llevar a cabo su programa en contra de las fuerzas imperialistas. Y para eso, encuentra su principal potencia en las masas proletarias, las cuales apoyan al régimen ante las enormes concesiones.

Si bien Puiggrós no trabaja con el concepto de bonapartismo, tanto él como Ramos elaboran un esquema similar de las relaciones de fuerza imperantes al momento del surgimiento de Perón. Se trata básicamente de un gobierno que encabeza un movimiento de liberación nacional, que se opone a las fuerzas imperialistas dominantes en el país y a las clases que los representan en el territorio nacional. La burguesía comercial y terrateniente aparecen como fracciones proimperialistas, mientras la burguesía industrial nacional encarna los intereses del pueblo, de la mano del Ejército. El rol del Ejército es fundamental en el proceso de transformación. Ramos afirma que *“en los países semi-coloniales o independientes, un sector del Ejército asume cíclicamente la representación de los intereses nacionales, ante la debilidad manifiesta de la burguesía nativa o la descomposición de los*

viejos partidos” y que “todas las contradicciones se transfirieron a la esfera militar” (1990; 18-19). Por su parte, Puiggrós sostiene que “cuando el movimiento de masas tiene pujanza y cuenta con dirigentes revolucionarios, el Ejército se descompone y una parte empieza a integrar las fuerzas transformadoras del orden social.” (1947; 65). El valor fundamental del Ejército en estas condiciones es la de aportar un nacionalismo que sería compartido por sectores industrialistas así como por el conjunto de los trabajadores. Este nacionalismo que aglutina a clases contrapuestas se asienta sobre el trípode justicialista de independencia económica, soberanía política y justicia social. El Ejército es el que encabeza este proyecto al que se van sumando los sectores nacionalistas. Desde esta óptica, la relación entre el movimiento obrero y el régimen bonapartista es producto de la acción recíproca. Ramos sostiene que “desde 1942, el movimiento obrero venía librando una serie de combates parciales, como resultado de la industrialización, la ocupación creciente y los altos costos de la vida.”(1990; 43). Ahora bien, sabemos que en realidad la ocupación creciente y los combates parciales que menciona se robustecen sobre todo a partir de 1935 (Murmis y Portantiero, 2011; 140). Y, por otro lado, la industrialización venía desarrollándose por lo menos desde la década del 20 (Villanueva, 1972).

En este proceso de aparente acción recíproca, se afirma que la clase obrera volvió sus espaldas a socialistas y stalinistas. Se toma el caso Peter como ejemplo de tal situación. Las diferencias entre la izquierda y el nacionalismo peronista parecen expresarse en el conflicto llevado a cabo en el gremio de la carne, dirigido por el comunista José Peter. En medio de la huelga, Peter llama a volver al trabajo para que los frigoríficos puedan proveer a las fuerzas aliadas contra el nazi-fascismo en plena guerra mundial. En medio del conflicto Perón interviene para hacer respetar los derechos de los trabajadores y logra que la empresa acepte el pliego de reivindicaciones. Luego de dicha intervención, los comunistas pierden la dirección del sindicato en manos de Cipriano Reyes, figura importante del 17 de octubre.

Pero resulta que este hecho estuvo atravesado por el encarcelamiento previo de Peter y su llevada a Neuquén. De hecho, fueron los mismos trabajadores quienes exigieron a Perón que le devolviera la libertad. El mismo Ramos (1990) deja traslucir ciertas verdades, cuando reconoce que Perón, como Secretario de Trabajo y Previsión, empleó una política mixta para tomar contacto con las masas: eliminó de la escena a los sindicatos “recalcitrantes” y creó nuevos que se plegaban a sus directivas. En estos casos, la discusión de fondo en el seno del movimiento obrero debe ser entendida incorporando el factor internacionalista. Siguiendo a Sartelli (2003), en este periodo se manifiesta el triunfo de las tendencias reformistas, de las

que Perón es representante. Para comprender por qué el reformismo se impone en la estrategia de la clase obrera, deben incorporarse nuevos aspectos. La experiencia de la Semana Trágica y la dictadura de Uriburu comenzada en 1930 son golpes fortísimos sufridos por el movimiento obrero. Pero también influye la estrategia internacional del Frente populista del comunismo. En este marco, y en el que predomina la miseria y desocupación, es entendible que el movimiento obrero encare la estrategia reformista antes que otra de carácter más confrontativo. Es por eso que la tendencia es a intentar ingresar al sistema institucional.

Si volvemos al caso de la remoción de los dirigentes obreros de izquierda, hay que situar ese hecho a la luz del plano internacional. Que el PC argentino se haya opuesto al peronismo, significa que su estrategia se inscribe en una lucha más amplia que la del poder en Argentina. El comunismo internacional luchaba junto a los aliados contra el fascismo y es en esa lucha que se necesita que Argentina continúe con la provisión de alimentos al frente de batalla. Cuando Peter responde a esa política, Perón hábilmente se quita de encima a un militante internacionalista y lo reemplaza por Cipriano Reyes, un sindicalista más bien preocupado por los intereses inmediatos de la clase obrera argentina. (Sartelli, 2003; 82-83). En ese sentido, el interés político del reformismo es presentar al comunismo argentino y sus organizaciones como una variante “cipaya”, ajena a los intereses nacionales de la clase obrera de nuestro país. Se troca así la valoración y se pone a la perspectiva particularista y nacionalista como progresiva, y al internacionalismo como regresivo y conservador. Esto no excluye los grandes errores del PC argentino en la historia nacional, como ha sido por ejemplo el apoyo a Videla. Apuntamos a advertir los factores que tanto Ramos como Puiggrós dejan de lado, a la hora de analizar la relación entre Perón y el movimiento obrero.

Aun tomando en cuenta la influencia de Perón sobre el movimiento obrero, su voluntad y acción represiva contra las direcciones de izquierda, el 17 de octubre vuelve a ser presentado por la espontaneidad obrera. Según Puiggrós, el proletariado participa del 17 de octubre, movido por dos cualidades propias de la clase: la autoconciencia y la espontaneidad. Esta última se pone de manifiesto por el hecho de que los trabajadores no respetan el mandado de Perón de ir “de casa al trabajo y del trabajo a casa”¹, y por el hecho de obligar a la dirección de la CGT a plegarse al paro. La autoconciencia aparece por el hecho de que la clase obrera actúa ante la posibilidad de perder las conquistas alcanzadas. Sin embargo, el

¹ Esas palabras fueron pronunciadas por Perón en su despedida de la Secretaría de Trabajo y Previsión, el 10/10/1945. Disponible en web: <http://goo.gl/p70Lu6>

análisis de las actas de CGT demostró que la misma declaró el 16 de octubre la huelga general para la jornada del 18 (Actas de la CGT, 16/10/45).²

Milcíades Peña, en franca disputa con Jorge Abelardo Ramos, va a discutir una serie de aspectos señalados por los autores peronistas. Como expusimos más arriba, Peña también considera que Argentina es un país semicolonial, que tiene tareas democráticas y emancipadoras pendientes, pero advierte que no es de la mano de la burguesía industrial que debe ser transitado ese camino. Aun respetando la idea de Ramos y Puiggrós según la cual la liberación nacional del imperialismo es la tarea fundamental de los países semicoloniales, Peña considera que la Teoría de la revolución permanente de Trotsky es directamente aplicable a la Argentina. Sostiene que *“la revolución argentina tendrá un carácter permanente, pues será democrática y nacional por sus objetivos inmediatos, obrera y socialista por sus métodos y la clase que la realiza”* (1986; 19). Se comprende que la Argentina se enfrenta a la necesidad de cumplir tanto con tareas democráticas como con tareas socialistas, lo cual delinea una de las diferencias fundamentales con los anteriores autores que se asimilan al peronismo.

La burguesía argentina en su conjunto es antinacional y contrarrevolucionaria porque sus capitales están ligados al latifundio (estructura que perpetúa el atraso argentino) y al capital extranjero. Efectivamente, en nombradas ocasiones la burguesía mantiene encontronazos con el imperialismo, pero eso no implica que sea revolucionaria. Sus disputas no son más que para obtener condiciones más provechosas en el intercambio: su nacionalismo se basa simplemente en aumentar la protección aduanera. Por otra parte, no es cierto que la burguesía terrateniente sea contrarrevolucionaria y la burguesía industrial revolucionaria. Aunque bajo una distinta argumentación, tal como lo hicieron Murmis y Portantiero (2011), Peña se encarga de construir los lazos que unen a ambas fracciones de la burguesía, y a su vez construye los lazos entre los capitales nacionales y los capitales extranjeros. Lo demuestra Peña a partir del interés conjunto de los capitales nacionales y extranjeros de participar conjuntamente de la producción de energía eléctrica (Peña, 1965; 15).

En términos generales, según Peña la burguesía es contrarrevolucionaria porque no tiene interés en revolucionar las fuerzas productivas. Como lo indica su razón de ser, la burguesía persigue constantemente la ganancia, y en los países atrasados la ganancia brota del mismo desequilibrio. Básicamente el atraso de la Argentina se explica por la permanencia del

²Las actas de la CGT pueden ser consultadas en: <http://goo.gl/DxjK4>

latifundio y por la desindustrialización. El imperialismo está interesado en reproducir el atraso de los países semicoloniales porque obtiene con eso una ganancia extraordinaria. Pero el imperialismo permite el desarrollo de una débil industria fabril, que significa un proceso de “pseudo-industrialización”. Esto no perjudica al imperialismo porque la desindustrialización sigue intacta. Es más, al desarrollarse mínimamente la industria, se abren nuevos mercados para el imperialismo, con lo cual encuentra ciertos beneficios. Milcíades Peña se encuentra con que el imperialismo no controla el conjunto de las empresas industriales, pero sí posee las industrias decisivas (con mayores capitales y número de obreros) que controlan la UIA.

Es así que se entiende por qué Milcíades Peña se opone a los planteos que pretenden poner a la burguesía y el Ejército al frente de las tareas democráticas y socialistas: considera entonces que el único sujeto revolucionario es la clase obrera. Ésta se enfrenta a la burguesía local por su carácter antinacional y contrarrevolucionario. En su enfrentamiento conviven tanto la lucha de clases como la lucha librada entre nación e imperialismo. El criterio de clase se encuentra por encima de “lo nacional”, uno se encuentra inmerso en otro. La liberación nacional solo puede ser posible a partir de la lucha de clases. Es por eso que la cuestión nacional debe oponer a la burguesía y al proletariado, en pos de terminar con el atraso y la dependencia del país. Para eso, la clase obrera debe establecer alianzas con peones y chacareros y con parte de la pequeña burguesía urbana, en contra de la oligarquía y el imperialismo.

El análisis que Peña (1965) hace sobre el peronismo se basa en la idea de que fueron años en los que las fuerzas productivas no se desarrollaron. El atraso y la dependencia siguieron intactas, así como el poder de industriales y terratenientes. El mayor cambio fue el pase de la dominación británica a la norteamericana.

Sostiene que el bonapartismo peronista posee un ala plebeya (de izquierda) y un ala tradicional (de derecha). Por un lado, la clase obrera encarnada en Evita y, por el otro, el Ejército y la Iglesia. Destaca varios aspectos en la conformación de la relación entre el proletariado y el gobierno de Perón. En primer lugar, sobrevuela la figura de Germani cuando Peña sostiene que la proletarianización de las masas provenientes del interior presenta una situación de disponibilidad (1965; 13). Gino Germani centró su análisis en el proceso de industrialización y de migraciones internas, para entender la subjetividad de la clase obrera en el apoyo a Perón. Según su postura, el proceso de industrialización acelerado tras la crisis del '29 tuvo su correlato en una desenfadada ola de migraciones internas. Éstas se distinguían

sustancialmente de la oleada de primeras migraciones provenientes de Europa. En esta segunda tanda, el motivo, las condiciones y los sujetos eran distintos. El proceso iniciado de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) significó el desarrollo de ciertas industrias o establecimientos menores. Mientras el campo perdía preponderancia y expulsaba a sus trabajadores, los centros urbanos desarrollaban industrias que reclamaban crecientemente mano de obra para ser ocupada. De este modo, los trabajadores provenientes del interior del país, en su mayoría portadores de prácticas culturales y mentalidades arcaicas, individualistas, con escasa “conciencia de clase”, atraídos por el centro urbano industrial, se habrían encontrado en situación de disponibilidad para ser manipulados por el líder, en virtud de su escasa tradición política. Esta situación marcaría una fractura al interior de la clase obrera, determinada por el tiempo y la experiencia política y social, que divide a obreros “viejos” y “nuevos”. En la medida en que estos obreros nuevos se encuentran disponibles para ser manipulados, se habla de heteronomía: su acción política no depende de sus intereses como clase sino de los intereses impulsados por Perón. En este sentido se entiende la concordancia entre los planteos de Peña y Germani, según los cuales las masas se encuentran en disponibilidad para llevar a cabo la política del líder.

Por otro lado, Milcíades Peña sostiene que las direcciones sindicales socialistas y stalinistas estaban desprestigiadas por su compromiso con la burguesía y su belicismo a favor del imperialismo norteamericano. En este contexto el peronismo le otorga mejoras a la clase obrera fabril y monta un aparato semitotalitario de captación y represión: reprime a dirigentes de izquierda -como fue el caso Peter o la disolución de la CGT n°2 de Pérez Leiros y del Partido Laborista- y coopta a dirigentes afines. Esto es lo que Peña llama la “estatización del movimiento obrero”, que consiste básicamente en la transformación de la burocracia sindical en un estrato privilegiado de funcionarios estatales. Tal como dice Milcíades Peña, *“el peronismo sólo tenía lugar para dirigentes obreros convertidos en funcionarios de Estado”* (1965; 12). La CGT se convierte así en un enemigo de la clase obrera que no se moviliza ni tras la caída de los salarios reales y el nivel de vida y el congelamiento de los salarios dispuesto por Perón. Tal situación se cristaliza en la ausencia del reconocimiento al derecho de huelga en la flamante Constitución Nacional de 1949. Todos estos aspectos en conjunto le sirven a Peña para explicar por qué la clase obrera se dispone a apoyar a Perón y a creer en su demagogia antiyanqui y anticapitalista. Y es a partir de este apoyo que la clase obrera comienza a moldear su quietismo y conservadurismo (Peña, 1964).

Pero el enfoque desmovilizador contrasta con la investigación de Doyon (2006), donde se muestra la presión de la CGT por abrir la negociación colectiva hacia finales del bonapartismo. En definitiva, esto sirve para comprender que la clase obrera mantuvo la lucha aún contra el intento contenedor del conflicto por parte de Perón. Tampoco nos sirve la idea de las masas disponibles tras la demostración de la tradición de lucha de la clase obrera y el rol de los “viejos” sindicalistas (Murmis y Portantiero, 2011).

A pesar de estos aspectos represivos contra la clase obrera, Peña considera que el proletariado cree en Perón gracias a las mejoras que otorgó y gracias también a su demagogia antiyanqui y anticapitalista. El sector obrero que fue mayormente beneficiado por el gobierno peronista fue la clase obrera fabril, que aumenta su participación en la renta nacional, a expensas de *“los sectores de ingresos fijos, de la pequeña burguesía rentista y de los chacareros y los obreros rurales.”* (Peña, 1965; 10).

En lo que respecta a la burguesía, siempre fue antiperonista. Su estrategia osciló entre la preparación de un golpe de Estado y el intento de copar el régimen desde adentro. Tal como se afirmó más arriba, Peña no cree en la existencia de una burguesía con intereses nacionales, y es así como analiza la aparición de la CGE: considera que ésta también se encuentra ligada a los capitales extranjeros y que necesita de éstos y lo argumenta a partir del análisis de una serie de encuentros entre representantes de ambos sectores en los que reclaman la participación del capital extranjero en la producción de energía eléctrica (Peña, 1965; 15).

Desde la óptica de Peña, el bonapartismo peronista no contaba con el apoyo de la burguesía, aun cuando Perón los beneficiaba. Nos dice que *“Perón se sabía [...] representante de la burguesía, y gobernaba en tal sentido. Pero si era algo, era gracias a haber roto y a romper diariamente la fuerza política de la burguesía. [...] Se reconocía frente a la burguesía como el representante de las masas trabajadoras, llamado a hacer felices dentro del orden capitalista a las clases inferiores del pueblo.”* (1965; 17).

El análisis del rol de la burguesía debe ser analizado en función de la situación económica atravesada en los años bonapartistas. A partir de 1950, con el agotamiento de las reservas de oro y dólares, le fue imposible al gobierno prescindir de los servicios del imperialismo: suscribe un empréstito con el Export-Import Bank of Washington y sanciona en el '53 la Ley de Inversiones Extranjeras, en virtud de la cual se facilita la aparición de la Standard Oil California para desarrollar la producción petrolera. En paralelo, Perón lanza en el '53 el Segundo Plan Quinquenal en el que uno de sus objetivos principales era el aumento

de la productividad. El Congreso de la Productividad y Bienestar Social del '54 muestra la ofensiva patronal sobre la clase obrera para aumentar la intensidad del trabajo y restablecer la disciplina en las fábricas. Perón lidera una de las ofensivas patronales más agudas del siglo pasado en nombre de la productividad. El intento de frenar la ofensiva obrera se libró en el plano de las condiciones de trabajo, y la correlación de fuerzas quedó cristalizada en la negociación colectiva del '54. Marina Kabat (2013) se encarga de destacar el disímil resultado de las mismas. Hubo sectores que obtuvieron mejoras parciales, otros que lograron frenar la ofensiva burguesa y, por último, una serie de ramas que perdieron ante las aspiraciones patronales. El aporte de Kabat consiste en reconstruir el concepto de “flexibilización laboral” a la luz de la correlación de fuerzas entre la burguesía y el proletariado. No se trata de un avance sobre el empleo en oposición a un “empleo típico”, en el que priman la estabilidad y el respeto por los derechos obreros. Flexibilización no hubo solamente en los años '90 en contraposición a los años dorados del Estado de Bienestar, sino que la flexibilización responde al constante programa de la burguesía, que busca aumentar incesantemente su producción de capital. De este modo, el Congreso de la Productividad, que se cristaliza en la negociación colectiva de ese año, demuestra los mecanismos de “flexibilidad horaria” (en FOETRA por ejemplo) a partir de turnos rotativos, horas extras, etc. También ese congreso impulsa la flexibilización en relación a la imposición de la polifuncionalidad en el trabajo bajo la forma de “tareas complementarias”. Por otro lado, la flexibilización en el '54 se expresa a partir de la firma de compromisos por aumentar la productividad en la fábrica, como es el caso de los obreros aceiteros, de la confección y de la construcción. El último hecho decisivo que marca la autora es el caso del registro de la tercerización laboral en el sector ferroviario ya desde la época de Perón. El expediente de la negociación destaca la propuesta por *“eliminar la obligación de nombrar al personal como efectivo tras 365 días trabajados en calidad de provisorios”* (Kabat, 2013; 13).

Peña analiza este cambio en la orientación del gobierno a partir de la capitulación ante sus enemigos: la burguesía y el imperialismo. Afirma claramente: *“el peronismo, que había surgido en 1945 apoyándose en la clase obrera contra la burguesía nacional y el imperialismo norteamericano, diez años después tendía aceleradamente a adecuarse a las necesidades y exigencias de sus enemigos”*. (1965; 15). Considera así que el bonapartismo tuvo la ocasión de desarrollar las fuerzas productivas y terminar con el atraso del país, pero terminó siendo un gobierno del “como sí”, que terminó descapitalizando el país, frenando el

desarrollar industrial mediante el despilfarro de recursos y las concesiones a inversores imperialistas.

Uno de los problemas graves de la obra de Peña es no lograr explicar el rol de la burguesía en el bonapartismo. La excluye de su conformación, pero a su vez considera que sigue siendo la clase dominante. No tiene el control del Estado, pero tampoco le tocan sus medios de producción. Aparentemente, la burguesía estaría controlada hasta el '54, año en el que recién comienza a imponer sus directivas en lo que respecta a la productividad. De hecho, nos considera que ésta se encuentra preparando un golpe, pero no tiene un rol decisivo en el golpe de Estado que echa por tierra el gobierno de Perón. Desde su punto de vista, la caída es producto de desajustes en el mismo balance del bonapartismo. La burguesía conservaba su profundo antiperonismo pero no tenía los medios necesarios para combatirlo, ya que la oposición había sido derrotada y el Ejército se encontraba del lado de Perón. Resulta entonces que el quiebre tiene lugar con la fractura que produce la Iglesia en las alas bonapartistas. No soportaba el aspecto plebeyo del peronismo, ni la invocación a la “Santa Evita”. Es justamente esta partida de la iglesia hacia la oposición la que permite el rearme de las fuerzas antiperonistas. Por otra parte, esto va a permitir la proliferación de sectores de las FF.AA. que buscan derrocar al líder.

De este modo, la caracterización general del bonapartismo peronista se basa en un gobierno ajeno a la burguesía, sostenido en la clase obrera, el Ejército y la Iglesia. Es un periodo en el que la burguesía no tiene el control del Estado, ni de su brazo armado (Ejército), ni de su brazo ideológico (Iglesia). El problema del bonapartismo es que no logra derribar el poder económico de la burguesía y el imperialismo en territorio nacional. Su fracaso se debe a no haber buscado terminar con el atraso y la dependencia.

El aspecto definitorio del peronismo como una experiencia truncada³ también es parte fundamental de la obra de Silvio Frondizi. Contrariamente a lo que piensa Milcíades Peña, Frondizi (1955) sostiene que “*el peronismo ha sido la tentativa más importante y la última de realización de la revolución democrático-burguesa en la Argentina*” (2003; 6). Esto se

³ Decimos que para Milcíades Peña el peronismo es una experiencia truncada, en tanto se considera que contaba con la situación internacional favorable que le permitía aumentar considerablemente sus divisas, y contaba además en el plano nacional con la relativa independencia del Estado respecto de las clases sociales. A esto se suma el considerable apoyo de la clase obrera. Aún así, Peña entiende que Perón perdió la ocasión de desarrollar la industria nacional, ya que optó por despilfarrar recursos, importar bienes absurdos, endeudarse y respetar los intereses del imperialismo. Así, si bien el peronismo no es responsable de las características estructurales del capitalismo argentino, sí es responsable de no haber llevada a cabo la modernización necesaria en el momento en que se presentaban las condiciones.

comprende a partir del análisis que hace de los años 30. La crisis del 30 y la segunda guerra mundial estimulan el desarrollo de la industria argentina. En este contexto se acelera la instalación de empresas europeas y estadounidenses en los países dependientes como el nuestro, a la vez que caen las exportaciones agropecuarias. Esta situación indica, en oposición a Peña y a Murmis y Portantiero, que “las clases explotadoras nacionales” no formaban un bloque uniforme, sino que estaban escindidas según intereses divergentes e incluso contrapuestos. La alianza entre la oligarquía nativa y el imperialismo inglés no estaba exenta de conflictos, ante la crisis que reducía la masa de plusvalía a repartir. En este sentido, el desarrollo industrial habría sido un proceso no querido por los terratenientes y el imperialismo inglés. Ese proceso mejora la posición de los capitales norteamericanos en la economía argentina y, a la vez, crea un núcleo industrial nativo así como también un “nuevo y creciente proletariado”. Estos elementos inciden en la alteración de las relaciones de fuerzas en la sociedad argentina.

En el contexto de la crisis mundial, Frondizi observa una tendencia común tanto a los países avanzados como a los semicoloniales: la tendencia al capitalismo de Estado. Tal como afirma Frondizi, *“el Estado se desarrolla y fortifica en los países latinoamericanos, sobre todo, por la descomposición económica de la burguesía nacional, acosada por la crisis general del imperialismo. Ello hace que sólo el Estado pueda y deba asumir la doble función de defensa exterior y de sostén interior del capitalismo nacional. Al reducirse de modo constante e inexorable el ámbito vital disponible para las burguesías nacionales de los países retrasados, se agudiza hasta el paroxismo la lucha de éstas entre sí para defender su esfera interior y para aventajarse en la competencia exterior”* (1955; 145). Esto significa que por su debilidad de la burguesía local, ante la debacle del 30, necesita del Estado para garantizar los intereses capitalistas nacionales. El peronismo significa entonces, a partir de esta posibilidad brindada tras el año 1930, el verdadero intento por convertirse en el gobierno representante de la burguesía argentina en general: sin embargo, aunque la representación sea directa, se ejerce a través de la burocracia estatal que independiza parcialmente al peronismo de la burguesía.

Es en este sentido que Frondizi piensa el bonapartismo como clave conceptual de comprensión del peronismo. El gobierno independizado de las clases se enfrenta a una situación histórica sin precedentes, que permite pensar la ilusión de llevar a cabo la revolución democrático-burguesa que la Argentina aún necesitaba en los '30: *“la emergencia de una especie de interregno en el cual el imperialismo inglés vio disminuir su control de*

Argentina, sin que se hubiera producido todavía el dominio definitivo y concreto del imperialismo yanqui sobre el mundo y sobre el país.” (Frondizi, 1955; 152).

Como gobierno representante de la burguesía, aunque independiente a través del dominio del Estado, su relación con la clase obrera estuvo basada en la canalización del conflicto mediante la concesión de ciertos beneficios. Los mismos pudieron ser otorgados en virtud de la favorable situación comercial y financiera del país. El bonapartismo peronista alude a la idea básica de conciliación de clases, aunque sostiene que siempre se gobierna en beneficio de una. En el caso del peronismo, se gobierna en beneficio de la burguesía. El bonapartismo peronista se enfrenta a la necesidad de canalizar la presión de las masas en favor del capitalismo, y esto lo realiza a través de la acción demagógica.

Ahora bien, dijimos que Frondizi considera que el peronismo es la última experiencia truncada de realizar la revolución democrático-burguesa. En los primeros años de expansión, el gobierno nacionaliza los ferrocarriles, refuerza la marina mercante, interviene en la industria para reforzar a la burguesía nacional y a la burocracia estatal. También en los primeros años aumentan los salarios reales y se obtienen mejoras en las condiciones laborales. Pero aún con los intentos bonapartistas por aumentar el poder de la burguesía nativa en pos de realizar su revolución, el principal aspecto estructural de los países semicoloniales siguió ejerciendo su fuerza: el imperialismo.

Desde el punto de vista de Frondizi (1955), la tibia política peronista es derrotada por el imperialismo. Destaca la entrega, primero, al imperialismo inglés a través de los tratados Eddy-Bramuglia y el Acuerdo Andes entre otros, y luego al imperialismo norteamericano, mediante el ingreso de sociedades anónimas de capitales norteamericanos. El tratado Eddy-Bramuglia de septiembre de 1946 representa la réplica peronista del tratado Roca-Runcimann. Consistió en la transferencia de los ferrocarriles a manos argentinas, por los que el peronismo pagó millones de libras por equipos obsoletos. Es más, Argentina pagó a buen precio bienes que podrían pasar al dominio del Estado a un costo más reducido, en función del vencimiento del plazo establecido en la Ley Mitre. Por otro lado, el Acuerdo Andes de 1948 avalaba la demanda británica de aceptar mayor cantidad de productos de sus industrias, en detrimento de la producción argentina. En lo que respecta a la influencia norteamericana, su accionar es a través de sociedades anónimas que, o bien pertenecen totalmente al capital norteamericano, o bien ese mismo capital es dominante. También la dominación del imperialismo se expresa en la balanza comercial, que ha sido desfavorable para la Argentina entre 1946 y 1952, con excepción de 1950. El principal rol deformante del imperialismo es el impedimento que impone para desarrollar las fuerzas productivas. Mientras el bonapartismo intenta reforzar a la

burguesía nacional con el objetivo de desarrollar las fuerzas productivas y encabezar las tareas democrático-burguesas, el imperialismo hace el esfuerzo contrario.⁴

El problema de esta argumentación es que representa un círculo del que es difícil salir. Por un lado, es por la debilidad de la burguesía que la Argentina es un país semicolonial. Como vimos, es en función de la situación internacional de los países semicoloniales en el '30 que la debilidad de la burguesía explica el surgimiento del peronismo mediante el desarrollo del "Capitalismo de Estado". El peronismo sería el intento por sacarla del atraso y desarrollar las fuerzas productivas del país para convertirlo en uno "verdaderamente" capitalista. Teniendo en cuenta esto, Frondizi nos dice que ese intento termina fracasando justamente por la debilidad de la burguesía nativa.

Conclusión

A lo largo de este trabajo hemos visto una característica común en los distintos autores de izquierda en su interpretación de la estructura económica argentina: nuestro país es, como tantos otros, un país semicolonial. Todos ellos entienden que esta semicolonialidad encuentra su asidero en la ausencia de una revolución democrático-burguesa encabezada por la burguesía nativa. Ya sea porque la burguesía "no hizo lo que tenía que hacer" y respetó su interés particular ante todo, ya sea por cuestiones temporales, ya sea por el accionar deformante del imperialismo, todos entienden que Argentina es un país semicolonial.

Esta definición ha sido de crucial importancia en todos ellos ya que han considerado que todavía es necesario llevar a cabo las tareas que nos saquen de ese atraso. Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos sostienen que el problema de la semicolonialidad se resuelve a partir de una política de liberación nacional que frene al imperialismo y que permita aumentar la fuerza de la burguesía nacional. En esta lucha, la clase obrera debe acompañar ya que comparte los intereses nacionales por la liberación. Por su parte, Milcíades Peña ve que la burguesía es absolutamente contrarrevolucionaria y antinacional, y es por eso que el proletariado debe combinar la lucha por la liberación nacional con la aún más amplia lucha de clases. Así, la clase obrera es el único sujeto revolucionario. Ghioldi escapa un poco

⁴ La tesis fundamental de Frondizi es que los intentos de revolución democrático-burguesa se ven impedidos por el imperialismo. Para ver en detalle el análisis concreto del mismo, véase el apartado "El accionar deformante del imperialismo", en Frondizi, S. (1955) *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica. Vol I: El sistema capitalista*, Buenos Aires: Praxis.

a esta lógica, ya que en su defensa de la democracia su principal enemigo es el fascismo, con lo cual sus esfuerzos se orientan a frenar todo avance nazi-fascista en el país, del cual el peronismo sería el principal impulsor. Por último, Frondizi también enmarca al país como semicolonial en función de la acción deformante del imperialismo.

Tanto Frondizi como Ramos y Puiggrós ven que el peronismo significa un intento por reforzar la burguesía nacional contra el imperialismo. Si bien Frondizi no lo pone en esos términos, la cuestión de la liberación nacional aparece como determinante. De hecho, Ramos y Puiggrós consideran que esta cuestión prevalece por sobre la cuestión de clase. Pero donde Ramos y Puiggrós ven al principal agente de la liberación nacional, Frondizi y Peña ven al gobierno que capitula ante el imperialismo y mantiene el atraso y la dependencia.

Todos ellos mantienen la idea básica de bonapartismo, según la cual el gobierno se independiza de las clases y media entre ellas. Pero es en función de su comprensión del periodo y de la situación estructural de la Argentina que van a caracterizar este bonapartismo en particular. El enfoque de Ramos y Puiggrós es el del líder bonapartista que reúne a las distintas clases que comparten los intereses nacionales y se enfrenta al imperialismo. Peña sostiene que el peronismo se asienta sobre la clase obrera, el Ejército y la Iglesia, y se opone a la burguesía y el imperialismo. Pero con el correr de los años y la finalización de la bonanza comienza a gobernar para sus enemigos aparentes. Así se diferencia la forma en la que llega al poder, de la manera en que lo ejerce. Por su parte, Frondizi ve al Bonaparte que representa al conjunto de la burguesía, pero mantiene sus concesiones a la clase obrera gracias a la favorable situación comercial y financiera. Pero en su debilidad es un gobierno que termina derrotado por el imperialismo.

El aspecto central que queremos destacar en nuestro trabajo, es el hecho de que la izquierda en general construye su interpretación de la realidad argentina sobre bases erróneas.⁵ Es esta base la que provee el molde a partir del cual se analiza la coyuntura: en este caso, hemos tomado el peronismo. Es así que nos hemos encontrado con trotskistas y stalinistas apoyando a la burguesía y al imperialismo, con pensadores homologando la

⁵ Las extravagancias de la izquierda no terminaron allí. El carácter semicolonial del país ha sido elevado como bandera ante la Guerra de Malvinas, llevando incluso al PST de Nahuel Moreno a identificarla como una cruzada antiimperialista a la que había que sumarse, aceptando claro, la dirección de Galtieri. (*Panorama Internacional*, 1982). Al día de hoy, el trotskismo sigue sin comprender las tareas de la clase obrera y considera todavía pendientes las cuestiones nacionales. Es así como la novel *Ideas de izquierda* destaca en su primer número el ineludible punto de partida que significa Milcíades Peña. Y no hablamos de plumas menores, sino de intelectuales de la talla de Hernán Camarero y Christian Castillo (2013). Entendemos entonces que la izquierda en general se encuentra encerrada en falsas afirmaciones y equivoca así sus diagnósticos políticos en lo coyuntural. Parte de sus *tareas* es dejar de ser su propio enemigo. La izquierda oscila así entre el parto y el aborto.

cuestión nacional a la cuestión de clase y hasta homologando peronismo y nazismo. Todos ellos comparten la idea de que Argentina tiene tareas nacionales pendientes. Éstas se reúnen en la constitución de un Estado nacional, la hegemonía burguesa y la unificación económica y mercantil en una economía plenamente capitalista.

Tal como afirma Fabián Harari, *“la Argentina logró completar su revolución burguesa en el período que media entre 1860 y 1880. Logró constituir un Estado nacional, la unificación económica, un mercado capitalista y barrer con los restos de relaciones precapitalistas. En el camino, ha perdido y ganado territorio, como cualquier estado (Alemania y Francia mantienen una disputa con la región de Lorena y Alsacia y a nadie se le ocurre afirmar que no han completado sus tareas nacionales). En definitiva, la Argentina ha completado sus tareas nacionales y no tiene ninguna cuestión democrático-burguesa por resolver. Entonces, la Argentina no es un país colonial ni semicolonial (si existiese algo así). Hasta que la izquierda no modifique este punto de su programa, va a seguir enlazada de una forma u otra, a la ideología burguesa.”*(2012; 19).

Bibliografía

Camarero, H. (2013). Milcíades Peña como intelectual trotskista. *Revista Ideas de Izquierda*, nro. 1, pp34-36.

Castillo, C (2013). Peña: un punto de partida ineludible. *Revista Ideas de Izquierda*, nro. 1, pp 32-34.

Doyon, L. (2006) *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista 1943-1955*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Fronzizi, S. (1955) *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica. Vol I: El sistema capitalista*, Buenos Aires: Praxis.

Ghioldi, R. (1946) *Los comunistas y la democracia*, Buenos Aires: El Ateneo.

Ghioldi, Ro. (1977) *Escritos*, 4 tomos, Buenos Aires: Editorial Anteo.

Ghioldi, R, Fronzizi, S. y Puiggrós, R.:(1997) La línea sinuosa. Miradas sobre el peronismo entre la caída y el retorno. *Revista Razón y Revolución* nro. 3.

Harari, F. (2012) Miseria del nacionalismo. En *La izquierda y la guerra de Malvinas*. (pp 7-23) Buenos Aires: Ryr

Kabat, M. (2013) Yo te daré, te daré patria hermosa. Los convenios de 1954 y la flexibilidad laboral. En *El Aromo*, nro. 73, pp 12-13.

Marx, K. (2004) *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Ediciones Pluma y Papel

Marx, K. (2009) *El Capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Murmis, M y Portantiero, J.C. (2011) *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI

Peña, M. (1965) Apuntes para una historia del peronismo. El gobierno del ‘como si’: 1946-1955. *Revista Fichas de Investigación Económica y Social*, nro. 7, pp. 3-21.

Peña, M [Gustavo Polit] (1964) “El legado del bonapartismo: conservadurismo y quietismo en la clase obrera argentina”, *Revista Fichas de Investigación Económica y Social*, nro. 3. Pp 70-80.

Peña, M. (1974) *Industria, Burguesía nacional y liberación nacional*. Buenos Aires: Fichas

Peña, M. (1986) *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Bs. As: Hyspamérica.

Ramos, J. A. (1990) *La era del peronismo, 1943-1989*. Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce.

Puiggrós, R. (1974) *De la colonia a la revolución*. Buenos Aires: Cepe

Puiggrós, R. (1972) *El peronismo: sus causas*. Buenos Aires.: Cepe

Sartelli, E. (2003) *La plaza es nuestra. La lucha de clases en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Ediciones Ryr

Villanueva, J. (1972) El origen de la industrialización en Argentina. En *Desarrollo Económico* Volumen 12, Numero 47, Pp 451-476

La guerra de las Malvinas. En la primera fila del combate contra el imperialismo inglés. (1982), *Revista Panorama Internacional*, n° 20.